

Ana María Shua



La guerra



Editorial Páginas de Espuma

91 522 72 51 || ppespuma@arrakis.es

Información: www.paginasdeespuma.com

La reina del microrrelato vuelve



© Silvio Fabrikant

Ana María Shua es el mayor referente del microrrelato en nuestro idioma. Su obra supone una exploración literaria de primer orden que ha modificado nuestra forma de entender la brevedad. El reto de un libro como *La guerra* es abordar desde la escritura mínima uno de los episodios más terribles y complejos de la humanidad. Lo bélico ha alterado hasta la destrucción geografías y pueblos. La literatura siempre fue testimonio de ello. Así, por sus páginas desfilan guerreros, armas, estrategias; campos de batalla, héroes y heroínas, hitos históricos. Todo forma parte de este arte de la guerra de quien ha demostrado ser la principal luchadora por el reino del matiz, el silencio, la elipsis, lo poético: la mariscal de un género.

Sobre Ana María Shua y su obra se ha escrito: «Casi de vuelta de todos los saberes y – tal vez– de todas las transgresiones, Shua es una maestra de la paradoja y de su consabido malestar», **Fogwill**; «Shua escribe con un aire reposado e inteligente y no con la dentellada hiriente de quien, artificioso, muestra el truco y desbarata el efecto, la contundente sacudida final de los textos», **Ernesto Calabuig**, *El Cultural*; «Es ciencia: con el correr de los años, Shua se ha convertido por derecho y mérito propios en una suerte de genio y oráculo del asunto», **Rodrigo Fresán**, *Página/12*.

Ana María Shua

Ana María Shua (Buenos Aires, 1951), publicó en 1967 su primer libro, *El sol y yo*, poemas. En 1980 su novela *Soy Paciente* obtuvo el premio Losada. Sus otras novelas son *Los amores de Laurita*, *El libro de los recuerdos* (Beca Guggenheim), *La muerte como efecto secundario* (Premio Ciudad de Buenos Aires en novela y Premio Club de los Trece), *El peso de la tentación* y la última, *Hija* (2016). En 2009 sus cuatro libros de cuentos se publicaron reunidos con el título *Que tengas una vida interesante*. En 2014 obtuvo en su país el premio Konex de Platino y el Premio Nacional de Cuento y Relato. Parte de su obra ha sido traducida a catorce idiomas. Sus cuatro primeros libros de microrrelato son *La sueñera*, *Casa de Geishas*, *Botánica del caos* y *Temporada de fantasmas*, que se publicaron reunidos en *Cazadores de letras*. En 2011 se publicó *Fenómenos de circo*. Los microrrelatos de Ana María Shua son considerados por la crítica entre los mejores en lengua española. Por esa razón en 2016 le fue otorgado en México el Premio Iberoamericano de Minificción Juan José Arreola en su primera entrega.

Entrevista

Un nuevo libro de microrrelatos de la “reina” del género es siempre un acontecimiento. *Fenómenos de circo* es del año 2011, por el que recibió el Premio Nacional en Cuento y Relato de Argentina. ¿Cómo se siente en el género que tanto reconocimiento le ha dado y que se concretó hace tres años en el I Premio Iberoamericano de Minificción "Juan José Arreola" otorgado en México?

¡Como pez en el agua, por supuesto! El microrrelato es sin duda mi elemento. Sin embargo, es un género exigente y para poder volver a transitarlo tuve que esperar que pasaran todos estos años. Por suerte soy anfibia y gracias a eso puedo respirar también en el cuento y la novela. Por suerte, porque así me entretengo en esos largos años que debí dejar pasar entre un libro de microrrelatos y otro. Porque si no quiero

repetirme, necesito cambiar, ser en algo diferente de la persona que escribí mis libros anteriores.

Háblenos de la escritura, corrección y elaboración de su libro de La guerra. Es tan temático en su concepción como Fenómenos de circo y este punto de partida parece exigir una previa etapa de documentación, elaboración, catalogación, etc. ¿Cómo es esa fase de búsqueda y hallazgo que posteriormente debe destilarse en piezas tan breves?

Por supuesto, necesité mucho trabajo de investigación. Pero nunca podría haberlo hecho como una tarea previa a la elaboración creativa. Lo hice todo en forma simultánea, a lo largo de dos años y medio. Fui buscando, encontrando, leyendo historias sobre la guerra, que descubría completamente al azar. Mientras leía, de pronto, (nunca se sabe cuándo va a suceder) algo me golpeaba, me mordía, me tiraba de la nariz y así me daba cuenta, de pronto, de que ahí me estaba esperando un microrrelato escondido que yo tenía que descubrir. Un poco como el escultor siente a veces que su obra está oculta en el bloque de mármol sobre el que va a trabajar con su cincel y su martillo. Y cuando sucedía, era urgente, tenía que hacerlo en ese momento, no podía dejarlo catalogado para retomarlo después. A veces, en relación con ciertos temas, mi búsqueda era un poco menos arbitraria: los animales de guerra, por ejemplo. O la medicina militar. O ciertos temas casi clichés que siempre me habían intrigado, de los que sabía muy poco, como los Templarios, o la Carga de la Brigada Ligera, o el Viejo de la Montaña...

Históricamente la guerra, como partícipe de la épica, se ha convertido en la literatura en una experiencia universal. ¿Cómo se ajusta esta épica al género de minificción, con su elipsis y silencios innatos?

Las elipsis no sirven ocultar el sentido a las balas trazadoras y para interrumpir el silencio tenemos las explosiones de las bombas. Pero todos estos elementos se necesitan unos a otros: no está mal un poco de obviedad, para que brille lo que está oculto, un poco de tumulto y confusión para recordar el silencio.

El arte de la guerra, armas y guerreros, estrategias y logísticas propias de lo bélico. Más allá de ser un libro que reúna vencedores y vencidos bajo una maquinaria de muerte, ¿hay lugar para la reflexión antibelicista? ¿Su libro habla de la guerra para que seamos todos más pacíficos y pacifistas?

Como el escritor israelí Amos Oz, aunque prefiera la paz a la guerra, yo no cometo la tontería del pacifismo a ultranza. Soy judía. Si los Aliados no hubieran peleado la Segunda Guerra Mundial, hoy no estaría aquí, escribiendo con humor sobre un tema tan serio. Por supuesto que hay guerras que vale la pena pelear, guerras necesarias, guerras de las que depende la propia supervivencia. El problema es que no siempre es tan fácil distinguirlas como lo fue en ese momento. La cuestión de las guerras justas es el tema de uno de mis textos. Mi libro incluye también reflexión antibelicista, pero en esta cuestión, como en todas las cuestiones humanas, no hay respuestas tajantes ni soluciones perfectas. Y gracias a eso existe la literatura.

En el libro se dice que el objetivo final de la guerra es vencer al enemigo. ¿Cuál es el destino final de un libro de microrrelatos ante un lector? ¿Que le venza por acumulación de un texto tras otros, que le tumbe las relecturas que permite el género? ¿Que lo deje sin conocimiento ese hallazgo singular, casi poético, de un buen microrrelato?

Tal como en las artes marciales se aprovecha la fuerza del rival para derribarlo, el microrrelato aprovecha los conocimientos del lector para completar el sentido. Pero en este libro no quise dar por supuesto que el lector sabe de qué le estoy hablando. Cada texto incluye sus claves, se vuelven a relatar muy brevemente los hechos sobre los que se va a montar el relato. La relación entre un microrrelato y su lector implica un combate cuerpo a cuerpo. Si se trata de un libro entero, bien podemos hablar de una guerra. Y por supuesto que como autora no pretendo matar al lector, pero sí quisiera hacerlo prisionero para siempre, obligarlo a volver constantemente a La Guerra. Los prisioneros implican una gran responsabilidad. Hay que alimentarlos, custodiarlos... En fin, el libro debe tener suficiente ambigüedad, riqueza y multiplicidad de sentidos como para darle de comer una vez más a ese lector que conseguimos tomar prisionero.